

## CAPITULO VIII.

*En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.*

Pudenciana y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este, necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y excusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituia su inferior; y así jamas le preguntaba adonde iba ni de donde venia, tampo-

co investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiria con sus arbitrios, mucho ménos se oponia á su grito para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro: se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando D. Modesto queria hacerla una gala, solia ella decirle, que no la necesitaba, que tenia suficiente ropa; que no estaban seguros ninguno de los dos de enfermarse, y en este caso mejor seria hallar en el baúl cien pesos, que una mantilla de punto ó cosa semejante.

Con este modo amarraba mas y mas á su marido, quien como hombre de bien nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabia que era su superior, no su tirano; que lo debia obedecer, pero no temblar en su presencia, pues era carne de su carne, una misma con él, y no su esclava.

Como los dos conocian cuales eran sus derechos y sus obligaciones, y tenian el talento y la disposicion necesaria para no abusar de aquellos, y cumplir con estas, se pasaban una vida harto feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros co-

munes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debian: ella los observaba con su acostumbrada docilidad, y de este modo hacia la felicidad de su esposo, la suya y la de su familia.

D. Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente medianía, la que jamas faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no solo sabia ahorrarse de modas y de diges superfluos, sino que sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba D. Modesto cuando la urgencia lo pedia.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz Pudenciana con el parto mas feliz. Desde entónces se consagraron los padres á su cuidado, y los abuelos estaban encantados con el nietecito, que era las delicias de toda aquella honrada familia.

Entre tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, consentida por sus padres, mimada por las amigas, y lisonjeada constantemente por una chusma de adulares corrompidos.

Ella se complacía con los rendimientos que la hacian, creyéndolos sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, solo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no habia quien la mereciese, no se hacia cargo del mérito particular de nadie: y así no estimaba á ninguno, aunque *estafaba* al que podia, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necedad, pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de D. Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre débil y acobardado,

condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridículos antojos.

El tenia sus aflicciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras; y estas pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto mas nos engañan las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegría, y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los dias por la experiéncia.

Si los hombres y las mugeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros, ó de los que les dan las gentes timoratas y su propia experiéncia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por mas que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal vez un gusto labra nuestra afliccion perpetua.

La familia de D. Dionisio se dió tanta prisa en disipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por mas tiempo aquel

grande desórden. Su caudal habia consistido en una tienda mestiza y una hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes, vino á adeudarse como en doce años los réditos de veinte y ocho mil pesos que reconocia la hacienda, y la tienda ya solo se conservaba en fuerza de contraer todos los dias nuevos créditos; y como ni estos ni otras cantidades que en lo particular habia pedido D. Dionisio para satisfacer los caprichos de su muger é hija, no podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes, á tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo, y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el mayor secreto; y con el mismo, una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin mas que su manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa sin decir al criado mas, sino que volviése á cerrar el zahuan.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y auu-

que diciéndole el mozo la hora y modo como salió, lo extrañó demasiado, como que nunca se habia dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si habia vuelto D. Dionisio, y como supo que no, entró en algun cuidado, lo mismo que Pomposita; sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente; y como el page sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que habia. Mi tutor me dijo lo acompañase, y entrando al coche en un momento estuvimos en la otra casa, donde encontramos á todos en la mayor confusion; pero mucho mas á

D.<sup>a</sup> Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes. Luego que ella vió á D. Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como se salió, por lo que este teniendo en cuenta las costumbres de D. Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habria llevado á tal hora solo y con armas: así lo dijo á su concuña, añadiéndole que en tales casos los hombres solian dejar cartas para que sus familias y amigos se instruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprobó D.<sup>a</sup> Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde esta suplicó al coronel buscarse, porque ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pié, se sentó en un sofá: mientras yo alumbraba á mi tutor, él buscaba, y Pomposita seguia con sus ojos llorosos las manos del coronel, hasta que en-

contró un ochavo de papel, en que con mal formados caracteres aunque de mano de D. Dionisio, decia: *Adios para siempre, familia idolatrada: en mi escribanía dego escrita la resolucion que he tomado, y los motivos que me impulsaron á ella; adios, adios.* —Langaruto.

No tuvo ánimo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomándome la vela, fué á presentarlo á Eufrosina. Como Pomposita corrió á ver qué era, ambas se impusieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito, cayeron desmayadas. Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía que tenia la llave pegada, y se abrió á presencia de la beata D.<sup>a</sup> Maria, que habia hecho D. Rodrigo quedase allí por precaucion, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre, la una: *A mi esposa Eufrosina é hija Pomposita;* y la otra, *Al Sr. coronel D. Rodrigo Linarte.* Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya que decia así.

*Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una carta que dego á Eufrosina*

*encargándola la enseñe á V., le instruirá de mi determinacion y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tuve la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, he ocasionado mi ruina y la suya; ¡Ah, y si yo hubiese seguido el ejemplo de V. y sus lecciones! no me veria hoy perdido. No digo mas, porque sé á quien dirijo la palabra, y solo ruego á V. por la sangre preciosa de Jesucristo y por los dolores de su Santísima Madre á quien tanta devocion ha tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pomposita tiene padre: V. sí, V. animado siempre de una caridad cristiana, cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algun dia con mejor suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remunerador, compensará á V. largamente sus buenas acciones.—Cuando V. y mi amable hermana dirijan sus preces al Eterno, no olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un país desconocido, ó cuanto ántes á descender al sepulcro.*

Dionisio Langaruto.

Puede considerarse cual quedariamos al escuchar esta carta: yo no encontraba que decir: la beata lloraba amargamente apretándose los dedos y clamando á toda la corte celestial; y mi tutor despues de un rató de silencio, y diciendo, *es preciso que ella la rompa, para ella es el sobre*, se dirigió para la recámara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo, y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la afliccion de aquellas señoras. Las encontramos ya en si, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndolas que todo mortal sabe, á no poder dudar, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecían estos mas crueles de lo que son en sí: que acaso no podria dificultarse que volvieresen á ver pronto á D. Dionisio, de quien habia encontrado en la escribanía dos cartas, una para él, en que remitia á la otra que era para Doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para dársela otra ocasion ménos angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas

de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á D. Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue.

*Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa.—Yo he amado á VV. con demasiada imprudencia, y satisfecho sus caprichos en tal manera, que ha llegado el caso, no solo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas, que me es imposible pagar. La Hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos: reconoce veinte y ocho mil, y debiendo doce años de réditos que ascienden á diez y seis mil ochocientos, solo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mio ya, y sí soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, debe al comercio veinte y dos mil pesos, y yo debo en lo particular de cinco á seis mil pesos; por todo lo que se ve, que debo una cantidad considerable que no tengo de donde sacar, y que ur-*

giendo como me urgen ya bastante los acreedores, que estan cansados de mi repetidos plazos con que he podido entretenerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche &c. puedo cubrir mis responsabilidades.—No queda á VV. cosa libre, mas que algunas alhajas que la consideracion de los acreedores quieran dejarles.—Tú, Eufrosina, sí tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajistes tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de otorgarte la carta de dote que queda adjunta.—Hijas mias, yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público: al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necedad que la ha causado; ni puedo ya ser útil á VV. en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo D. Rodrigo, á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará co-

mo padre siempre que VV. no lo desmerezcan; yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: él cumplirá, lo conozco, no lo dudo un momento. Sujétense VV. á sus consejos en todo, y lograrán ser ménos desgraciadas.—Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamas, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algun pais desconocido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio.—Ya la hora de mi marcha se llega.... el momento se precipita.... la amargura y el dolor no me dejan aliento.... adios, esposa mia, adorada.... adios, amadísima h-jamia, adios, adios; ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria.... adios, adios....

*El desgraciado Dionisio.*

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar médico, y que yo fuese en el coche á traer á Doña Matilde, la que impuesta del caso todo, se afligió mucho,

pero sin desmayarse, porque acostumbrada ya como su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Así continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y Doña Matilde que prodigándoles caricias les decian que era necesario no affigirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedia mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, que ya por la persona de D. Dionisio, el coronel habia en la madrugada ido á la posta, y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario, para que lo buscasen con toda diligencia; y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretexto honesto lo detuviesen dando aviso en el momento. Sacaron á las dos de la recámara, y llevadas al

comedor se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato despues del almuerzo, tomó D. Rodrigo de la mano á Doña Eufrosina, y echándola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala, y haciéndola sentar la dijo con el mayor agrado: Hermana mia, á la hora de esta andan por los caminos como quince hombres expertos en solicitud de mi hermano D. Dionisio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, él mismo ha manifestado á V. en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acreedores estan muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta última ocurrencia, y este golpe si le coge á V. en esta casa les ha de ser muy sensible. Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de crearme digno de encargarme de la suerte de VV., y yo agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil; y en tal virtud, hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleven á casa

las camas, ropa, y aquellas cosas de VV. que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitacion, supuesto que quanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita, V. tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirla mucho. Vamos, no llore V., pues en esto no hay mas que mudarse V. á su otra casa, como que así ha debido contar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado esta por mia desde que V. la habita, ¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y cuánto me parte V. el corazon con lo que me está diciendo: yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan de pronto; yo ruego á V. que me deje desahogar, que yo le prometo por lo que mas estimo que no pasarán cuatro dias sin que nos unamos. A este tiempo entró Doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba, instaron ambas á Doña Eufrosina para que fuera todo luego luego; pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que

le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolucion, y solo ofreció de nuevo que cumpliria su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langarutos, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de si habia alguna noticia de D. Dionisio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos dias siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas, é instarlas porque se fueran á casa de mi tutor, mas Doña Eufrosina no salia de lo dicho; y la mañana del dia cuarto que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, se metieron á las ocho de la mañana un juez, un escribano, algunos acreedores y otro á quien habian nombrado depositario. Tomaron á Doña Eufrosina y á algunos criados declaracion jurada del dia y modo como se habia marchado D. Dionisio, y en seguida fueron entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á Doña Eufrosina que en el momento debia salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imagenes que por favor le con-

cedieron, manifestándole que lo hacian los acreedores por generosos, y no porque ella lo merecia, pues que habia causado en parte la dilapidacion de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situacion tan triste, tuvo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habian prometido, con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposita les faltaba que comer ni estimacion; pero sí los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del choque atormentaba á Doña Eufrosina mas que la de su marido, y Pomposita extrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aun mas que sus antiguas comodidades.

Apénas pasaron tres meses en que fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, dizque para disipar la melancolia, comenzaron á recorrer las casas de las amigas, y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde

ese dia se turbó la paz que debia haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los dias, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que habia en el particular, llamó á solas á su sobrina, y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tio, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo: ¿Qué piensa V. hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace V. por el rincon y por el bocadito que nos da, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordonazo, y con mudarnos noramala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es, mamá,

prosiguió Pomposa: V. no desconfie, que Dios tiene mas que dar que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

Vea V. señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada....

Poco á poco, señor D. Rodrigo, poco á poco, decia Eufrosina. Sírvase V. de no maltratar á mi hija, y mucho ménos en mi presencia; pero ya V. y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será herrar ó quitar el banco. Vistete, niña.

Ninguna persuasion del coronel ni de Matilde bastaron a contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastes.

El coronel tenia resolucion; y así, aunque previó las consecuencias de la sepa-

racion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podia conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquellas casas, se pusiera de parte de Eufrosina. ¡Qué buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian estimado, y que la estaban actualmente favoreciendo! ¿Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para descreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud. No en valde se resisten muchos para admitir huéspedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades, y que despues salgan á pregonar por todas

partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando a Eufrosina cuál era su última resolución, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarsele en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero si una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes,

los puso en su casa; fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le dio trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota que no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

## CAPITULO IX.

*En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.*

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personages conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurs-